

ser tan frecuentados, que se fabricó una ciudad al pié del santo lugar: esta ciudad, fundada sobre una region desolada sobre un suelo ingrato y del mas difícil acceso, gracias á la devocion de nuestros padres llegó á ser una de las principales ciudades de Querey; tuvo torres, cónsules y blasones, donde tres penascos de plata se ostentaban con lirios de oro sobre un campo de *grueles* (rojo).

Encima del campanario de la antigua iglesia de Roc-Amadour se levantaba á una altura prodigiosa una ciudadela destinada á proteger el rico santuario de María; aquellos bastiones, que se diseñaban fieramente sobre las nubes y que hoy cubren el suelo con sus restos, no pudieron rechazar de la santa montaña á los sombríos sectarios de Calvino que habrían atravesado el imperio para obtener el oro codiciado. La capilla de Nuestra Señora tiene en nuestros dias un baluarte mejor, su pobreza.

Esta romería era célebre desde los tiempos de Carlomagno. El paladin Rolando, sobrino del emperador, fué á Roc-Amadour en 778, ofreció á la Virgen un don de plata del peso de su *braemar* (espada), y después de su muerte en los campos de Roncesvalles, aquel *braemar* fué llevado á Roc-Amadour. (18) En el año de 1170, segun Rogerio de Hoveden, Enrique II rey de Inglaterra y duque de Guyena, vino á Roc-Amadour para cumplir un voto que habia hecho á la Virgen santísima durante una larga enfermedad, de la cual se vió libre en Motte-Gercei. Como las tierras vecinas á Querey *no tenían grande amor á los ingleses*, la monarquía insular se rodeó de un pequeño ejército á fin de hacer este piadoso viaje. Enrique dejó muestras de su beneficencia en la capilla de Nuestra Señora y á los pobres de Roc-Amadour.

Entre el número de los ilustres peregrinos que vienen á honrar á María en su santuario de la montaña, se cuenta á Simon de Montfort, legado del papa; Alnardo Amalric, que fué después obispo de Narbona, San Luis acompañado de sus tres hermanos, de Blanca de Castilla y de Alfonso, conde de Bolonia que subió después al trono de Portugal; el rey Carlos el Bello, el rey Juan, Luis XI y una porcion de poderosos señores.

Entre los grandes obispos que en diversos tiempos visitaron la capilla milagrosa de Nuestra Señora, encontramos un nom-

bre tan caro á las letras, á la humanidad y al catolicismo, que no podemos dejarlo entre la muchedumbre: este nombre con que la Francia se honra y que impone á la impiedad misma, es el del cisne de Cambray. Consagrado desde la cuna á nuestra Señora de Roc-Amadour, Fenelon vino mas de una vez á pedir al fondo de Querey lo que él ha puesto sobre sus libros, un rayo de miel ática, y que se le concediese además la atrevida sabiduría que tan nobilmente empleó en enseñar á los reyes.

Dos cuadros suspendidos en *ex-voto* en el santuario de María representan dos fases solemnes de su existencia. En el primero acaba de nacer y reposa en su cuna; en el segundo, jóven y ya doctor, viene á hacer homenaje á su divina protectora de los primeros tiempos de su naciente genio. A poca distancia hay una tumba sobre la cual vino mas tarde á llorar y á orar; era la de su madre que quiso dormir su último sueño á la sombra del altar de María.

Algunas veces no eran peregrinos aislados, sino ciudades y provincias en masa las que caminaban á Roc-Amadour. "En 1546, dice M. de Malleville en sus crónicas de Querey, el 24 de junio, dia y fiesta del santísimo Sacramento y de san Juan, fué el gran dia de indulgencias de Roc-Amadour, á cuyo lugar el concurso de los pueblos del reino fué tan grande, que muchas personas de todas edades y sexos fueron ahogados por el gentío, estando las tiendas abiertas en grandísimo número por todas partes de la campaña á manera de un gran campo."

Los dones que recibió el santuario de Roc-Amadour fueron de una gran magnificencia; entre ellos estaba el bosque de Salvy, fabricado en 1119 por Odon, conde de la Marche, á la *bienaventurada Marta de Roc-Amadour*; las tierras de Fornellas y de Orbanella, dadas en 1181 por Alejandro IX, rey de Castilla y de Toledo, por el bien del alma de sus padres.

El año de 1202 Sancho VII, rey de Navarra, regaló una renta de 48 piezas de oro para el alumbrado de la capilla de Nuestra Señora, y en 1208, Savaric príncipe de Mauléon, gran capitán y célebre trovador, cedía en perpetua y pura memoria á la bienaventurada María de Roc-Amadour su tierra de Lisleau, oxenta de toda imposicion y de toda carga. En 1314 el papa Clemente XV hizo un legado á la misma iglesia "para tener un

cirio encendido perpetuamente en un vaso ó taza de plata en la capilla de la bienaventurada Virgen María de Roc-Amadour á fin de hacer á esta Virgen bienaventurada y obtener la redención de su alma."

Sería demasiado largo citar los otros beneficios hechos á la capilla de María en los contornos de esta roca bendecida; resplandecía un *ex-voto* de oro de perlas y piedras preciosas; las princesas españolas habían trabajado con sus manos ricas tapicerías, y catorce lámparas de plata maciza, cuyas cadenas entrelazadas formaban una magnífica randa, ardian noche y día. Por un contraste que no se encuentra sino en el cristianismo, el altar de la Madona era de madera como en el tiempo de san Amadour, y la estatua era de roble negro apenas pulimentado. Notábase en la media naranja de la capilla y dentro de un campanario de brillantes vidrieras una pequeña campana sin cuerda que sonaba por sí misma cuando la *estrella de los mares* quería manifestar toda su omnipotencia en favor de las naves en peligro que la invocaban en medio de las soledades del Océano.

La Virgen de Quercy era una presa demasiado brillante para que pudiese escaparse al protestantismo. El 3 de setiembre de 1592 Durás se apoderó de Roc-Amadour; las cruces fueron rotas, las imágenes despedazadas, los ricos adornos quemados y hechos trizas, las campanas fundidas y el cuerpo de san Amadour pulverizado á martillazos, fué sacrilegamente abandonado á las llamas. (19) Los ateos de 93 pusieron el sello á estas devastaciones.

Hoy día las torres de la ciudad están ocultas bajo la yerba; los arbolillos crecen sobre los escombros de la ciudadela; la grana brota entre las piedras desunidas de la magnífica escalera de doscientos setenta y ocho escalones, que conducía de la ciudad al santuario aéreo de María; la bandurria de los *cantadores* del Languedoc no celebra ya los milagros de nuestra Señora, y el viento de la noche silba solo en aquella antigua capilla, donde por *economía* se han suprimido los órganos. La Virgen de Roc-Amadour podría nombrarse la *Virgen de las rutmas*, y sin embargo, ella hace milagros todavía.

La peregrinación de Nuestra Señora de Licée, en Picardía, aunque menos antigua que las de la Francia meridional, pues

que no se remonta sino hasta el siglo XII, las sobrepaja no obstante en celebridad. El origen de la estatua de la Virgen que decora este santo lugar, es enteramente maravilloso; se ha conservado una tradición no solo en el departamento de Francia en el que se encuentra, sino también en la Tierra Santa, (20) y se asegura asimismo que existe en los archivos de los caballeros de Malta. (21) He aquí esta tradición, que lleva un sello oriental muy pronunciado.

Faulques de Anjon, rey de Jerusalem, habiendo reedificado en cuatro distintos lugares de Ascalon la fortaleza de Bensabée para proteger la frontera de su reino contra las correrías de los sarracenos, confió la guardia á los bravos y piadosos caballeros de San Juan de Jerusalem: esta valiente guarnición tenía encuentros continuos con los infieles, que bajo el soldan de Egipto, poseían el antiguo país de los Filisteos. Un día los caballeros de San Juan, entre el número de los cuales se encontraban tres hermanos de la antigua y opulenta casa de Eppes, Picardía, cayeron en una emboscada, y no obstante los prodigios de su valor, fueron presos y cargados de hierros por los musulmanes, quienes los escoltaron hasta Egipto. Los señores de Eppes tenían la mirada orgullosa, la estatura elevada y el porte heróico de los antiguos valientes del Norte de Francia. El soldan conoció todo esto desde luego y quiso ganárselos para su falso profeta. Principió por arrojarlos en un calabozo para quebrantar su osadía, ó hizo brillar á sus ojos la perspectiva más seductora á fin de arrastrarlos á la apostasia. Los tres guerreros que habían sido inaccesibles al temor, se mostraron sordos al brillo del oro y á la voz de la ambición; el soldan, engañado entonces en sus esperanzas, les mandó sus muy famosos imanes á fin de disputar con ellos sobre la fe; pero los buenos caballeros, poseídos de odio al islamismo, se volvieron de repente teólogos sutiles, y defendieron tan perfectamente el cristianismo con sus argumentos, como lo habían hecho ya con el escudo en el brazo y la lanza en la mano. El soldan creyó su honra comprometida en vencer á los cautivos, y creciendo su obstinación en proporción de la resistencia, juró que los caballeros de San Juan seguirían el estandarte del profeta aun cuando le hubiese de costar la mitad del Egipto. Tenía él una hija bella, casta,

cumplida y digna en todo de seguir una creencia mejor; envióla al calabozo donde los caballeros francos languideaban en las cadenas, y la encargó que les hiciera una pintura espantosa de los suplicios que se les preparaban. Los caballeros recibieron á la princesa con los testimonios de respeto que se prodigaban entonces á las damas, pero rechazaron sus insinuaciones con el valor determinado de hombres que aceptan el martirio, y le explicaron su creencia de una manera tan persuasiva, que la joven musulmana se puso á meditar y reflexionar sobre Cristo y su bienaventurada Madre. Una imagen milagrosa y radiante que los ángeles habían llevado, dicen, á los piadosos campeones de la fe cristiana, acabó la conversion de la joven infiel. Una noche en que ella había ganado á fuerza de oro á los guardias de los tres guerreros francos, entró en la prision con una caja de pedrerías y huyó con ellos del palacio de su padre.

Después de haber atravesado el Nilo en una barca preparada para recibirlos, los fugitivos se dirigieron hácia el lado de Alejandría, esperando quizá ocultarse temporalmente en los monasterios coptos de las salidas de san Macario; pero después de algunas horas de marcha, la princesa agitada de fatiga, desea reposar un momento, y no obstante la inminencia del peligro, los tres caballeros de San Juan resolvieron quedar en vela á fin de que descansase; hiciéronle descansar en un campo lleno de verdura, y ellos mismos se sentaron á una respetuosa distancia; la princesa se adormecía, y sus compañeros de viaje, después de haber luchado aunque en vano, contra la somnolencia que debia suceder necesariamente á largas noches sin reposo, se durmieron también profundamente.

Ninguno supo cuánto tiempo había durado su sueño. El mayor de los tres caballeros de Eppes fué el primero que se despertó; el sol comenzaba á dorar las copas de los árboles, entre los que se oía el dulce canto de los pájaros. El caballero cruzado observó el paisaje con una viva sorpresa; ellos se habían dormido á la vista del Nilo y de las Pirámides, bajo las frescas ramas de los palmeros, y se despertaban bajo una encina de rudosos troncos, al bordo de un límpido manantial y sobre el mas fresco césped salpicado de blancas margaritas. A muy corta distancia las torres negras y redondas de un viejo castillo ba-

ronial, le recordaban el cazar, donde á su partida para la Tierra Santa había dejado á su madre cubierta de lágrimas por su separacion. Un pastor que conducia su rebaño á los campos le sacó de su incertidumbre; el castillo que tenia á su vista era su propio castillo de Marchais, y se despertaba en Picardía, en la misma avenida que sus padres habían plantado. Bendijo á la Virgen santísima y contó el milagro á sus compañeros cuyo asombro fué igual al suyo.

Ellos que habían conservado la imagen de la Madona oriental, fabricaron una bella iglesia para depositarla en ella, y la princesa musulmana recibió el bautismo en la capital de Leon.

Que aquella estatua de María haya llegado á Francia por medios mas naturales, se puede creer sin pecado; pero lo que es imposible poner en duda, es que ella fué traída de la Tierra Santa por tres señores de Eppes, caballeros de San Juan de Jerusalem.

Los nombres mas ilustres de la monarquía figuran en la lista de los peregrinos de Nuestra Señora de Liesse; entre ellos se se leen el del duque de Borgoña, de Luis II de Borbon príncipe de Condé, duque de Mercoeur, del príncipe Alberto Enrique de Ligne, de madama Práncisca de Francia reina de Inglaterra, de los príncipes de Longueville, del mariscal de Ancre, de la señorita de Guisa, del conde de Egmont, de Luis de Orleans, hermano de Carlos VI, de Carlos VII, del Rey René, de Luis XI, de Francisco I, de Enrique II, de Carlos IX, de la reina María de Médicis, de Luis XIII, de Ana de Austria, de Luis XIV, etc.

Muchos de estos grandes personajes, no contentos con dejar ricos dones á Nuestra Señora de Liesse, colocaron su misma estatua, la de Luis II de Borbon, príncipe de Condé, era de oro.

María de Arquin, entonces gran mariscal de Polonia y que fué después reina de aquel país en 1671, vino á la capilla de Nuestra Señora y ofreció á la Virgen santísima un niño de plata que representaba al príncipe Alejandro Sobieski su hijo con una cadena de oro enriquecida de diamantes, para manifestar así que ella se consagraba á la Madre de Dios como su esclava. (22)

Este santuario, como los otros, fué robado por los hugonotes, y la Revolucion vino después á llevarse lo que quedaba.

La capilla de Nuestra Señora de Liesse atrae aun un concurso inmenso de peregrinos.

En las leyendas de san Lifardo de Meung, que vivía en 550, se hace mención del arrabal de Clery y de un oratorio que se había dedicado á la Virgen santísima. En 1280 los trabajadores colocaban allí una estatua de nuestra Señora que habían encontrado un día bajo la reja de su arado. Este descubrimiento hizo mucho ruido y llamó la atención de los mas ilustres señores de la época. Entre aquellos señores, Simon de Melun, un poderoso varon que había acompañado á san Luis á la Africa y á quien Felipe el Bello elevó á la dignidad de mariscal de Francia, formó el designio de fabricar allí una colegiata; pero la muerte que recibió gloriosamente en el sitio de Courtray, le impidió efectuar aquel proyecto, que su mujer y su hija se impusieron el deber de llevar á cabo. Felipe el Hermoso, cuyas victorias de Flandes las había obtenido bajo la protección de María, sorprendido de la afluencia de los fieles que iban á Nuestra Señora de Clery, aumentó el número de sus canónigos y resolvió reedificar la iglesia; pero la muerte, que viene á atravesarse en tantos proyectos, no le dejó esta vez sino el mérito de la intención. Entre tanto, la iglesia fué comenzada bajo su reinado, y continuó, gracias á la munificencia de su tercer hijo Carlos, duque de Orleans, Felipe de Valois, aquel noble príncipe que en los países conquistados decía á sus soldados: *Respetad las iglesias!* hizo terminar la de Nuestra Señora, que el inglés Salisbury saqueó durante el célebre sitio de Orleans. Luis XI, cuyos jubones viejos los hacía reparar con mangas nuevas para usarlos hasta que estaban raídos completamente, pero que cuando le agradaba sabia desempeñar tambien con magnificencia su papel de rey, hizo construir la iglesia de Clery, la dotó con 2230 escudos de oro, la dió grandes rentas, erigióla en capilla real y dotó ricamente á sus canónigos.

Este monumento, objeto de tanto gusto y de tantos cuidados, fué destruido por un incendio en 1742 cuando se le acababa de techar. *El fuego redujo todo á cenizas*, dice la crónica de Luis XI, pero la iglesia fué reedificada de nuevo bajo la inspección del secretario del rey.

Habiendo Luis XI. recobrado la salud en Clery (y atribu-

yendo su restablecimiento á la santidad de la Virgen, enriqueció con nuevos dones su colegiata é hizo construir su tumba, "y se ponía muchas veces, dice uno de sus historiadores, para ver si el lugar venia justamente con su cuerpo y si estaba bien proporcionada para recibirle después de su muerte;" él fué enterrado allí segun sus deseos, y poco después su mujer Carlota de Saboya.

Los calvinistas, que no tributaban mas respeto á las tumbas de los reyes que á los altares de los santos, rompieron la estatua de Luis XI y violaron su tumba real para robarla. Aquella tumba, restablecida por Luis XIII, fué mutilada de nuevo durante la Revolucion, y reedificada otra vez por Luis XVIII. La devoción reina aun con el mas grande fervor en la vieja iglesia de Luis XI.

La romería de Nuestra Señora del Espino, cerca de Charlons sobre el Marne, comenzó en los primeros años del siglo XV. En el año de 1419, en la antigua fiesta de la Asuncion, dos jóvenes pastores que conducian sus rebaños al lado de una capillita dedicada á san Juan Bautista, percibieron una luz brillante sobre un matorral de espinas que no estaba lejos; los carneros que iban delante, se asustaron de aquella luz y huyeron; pero los corderillos se acercaron sin temor al matorral: los pastores siguieron su ejemplo, y descubrieron una pequeña imagen de la Virgen santísima que llevaba en los brazos á su niño divino: habiéndose aumentado la luz milagrosa á la caída de la noche, corrieron de todos los lugares de donde podia ser vista, y como el paraje donde se obró el milagro era elevadísimo, se pudo comprobar en diez leguas á la redonda. El obispo de Charlons á la cabeza de su cabildo y muchos curas de las aldeas vecinas vinieron en procesion á esos lugares, y encontraron el matorral tan verde como en medio del estío, sacaron la imagen de la Madona y la trasportaron á la capilla de San Juan Bautista, que se encontraba á algunos pasos de allí.

Aquel prodigio atrajo á la capilla á todos los fieles de la campaña, no tardando en llegar á ser una romería célebre. Por los diseños de un arquitecto irlandés se construyó una soberbia iglesia tan solo con las ofrendas de los peregrinos, con lo cual aquel trabajo se continúa con perseverancia: no obstante las

guerras de los ingleses y á pesar tambien de estar los habitantes empobrecidos y robados, no vacilaban por eso en dejar su arado para ir á buscar piedras hasta el fondo de la Lorena. Sus trabajos empezaron con nueva actividad con una magnífica suma enviada por Carlos VII para continuar el bello edificio. Se pasó un siglo para concluirla, y durante aquel siglo, á pesar de las guerras, de la peste negra, del hambre y de todas las plagas en fin, de las cuales la peor era ciertamente la de los ingleses, el fervor se habia sostenido siempre. Las ciudades de Chalons y de Verdun quisieron contribuir al adorno de este edificio, que debia perpetuar el recuerdo del matorral milagroso. La una le dió soberbios vidrios pintados que representaban la historia del milagro, la otra campanas magníficas; las liberalidades de los fieles ricos y pobres, grandes y pequeños hicieron el resto.

Durante las guerras de religion, los protestantes ingleses, amos de una parte de Champagne, habian oido hablar de las riquezas que encerraba el santuario de Nuestra Señora del Espino y formaron el proyecto de robarla y destruirla; pero el señor del Espino con noble resolucion y fe sincera, hizo rodear la bella iglesia de palizadas, y poniéndose á la cabeza de un puñado de jóvenes reunidos por el patriotismo y el amor á María, lograron rechazar á los enemigos y salvar el altar de la Madona. Los ingleses, forzados á batirse en retirada, se condujeron como vándalos; hicieron una gran descarga sobre los vidrios quebrando así la mayor parte. Entre tanto por una especie de prodigio, el famoso lienzo de vidrio sobre el cual estaba representado el encuentro de la estatua milagrosa, quedó intacto. En memoria de esta feliz jornada, la iglesia de Nuestra Señora del Espino, hasta la época de la Revolucion, ofrecia todos los años á los descendientes del gentil hombre que la habia salvado de la profanacion y del saqueo, dos espadas benditas que recibian el día de la Asuncion al pié del altar de la Virgen.

Todos los años tiene lugar una procesion solemne en esta iglesia; un gran número de niños de una complexion delicada, que se les viste de blanco en honor de la Virgen santísima, asisten allí el 15 de agosto con un cirio en la mano; aquellos niños van á orar á María. Desde su entrada en el mundo, la cien-

cia ha fallado contra ellos un venedicto de muerte, pero las madres han apelado piadosamente á la Virgen, y esperan, gracias á su apoyo caritativo, conservar esas frágiles plantas, que crecen á la sombra de su proteccion sagrada y de la cual necesitan para aclimatarse sobre la tierra. Nada mas tierno que ver á esos angelitos vestidos de blanco y pálidos como las flores que forman sus coronas, arrodillándose á los piés de María, y repetir sin comprender aun la oracion que se les enseña, en la que piden su pobre y tierna vida, que es tambien la vida de sus madres. . . . Cuando las rosas de la salud han aparecido sobre sus mejillas infantiles, cuando el sétimo año ha pasado en fin sobre sus jóvenes cabezas y que van á dejar la blanca librea de la Virgen, ¡con cuánto gozo las madres consoladas los traen á la misa de accion de gracias! ¡cuántas oraciones salidas del corazón no se levantan entonces hácia nuestra Señora del Espino en aquel altar!

Existe en los Vosgos una romería, en la que se perpetúa una supersticion entre las pobres mujeres del pueblo, que tiene la energía cristiana y maternal, todo á la vez. Hácia el año de 1070, un religioso de Serones fabricó al borde de un torrente solitario una ermita y una capilla de donde se venia á invocar á nuestra Señora del Meir; esta romería cayó en desuso ó fué suprimida en seguida. Hoy día la capilla está arruinada, y una cruz de piedra hecha pedazos se levanta solitaria en medio de los escombros; pero bajo aquellas ruinas existen bóvedas subterráneas y un altar de piedra informe, donde se vienen á depositar aun los niños, á quienes la muerte ha herido en el umbral de la vida y que no han podido recibir el sello sagrado que debia hacerlos ángeles. "Apenas acastados sobre aquesta piedra, dice el Cicrone, que sirve de guia en este lugar sombrío, sus ojos se abren otra vez, un soplo ligero se escapa de sus pequeños labios cerrados por la muerte, el agua del bautismo corre sobre su frente, y después se duermen de nuevo para subir al cielo." Al escarbar un poco de tierra, descúbrese, al rededor del altar consagrado de la Virgen que resucita á los recién nacidos; á fin de que puedan ir á la morada de Jesús, los despojos de aquellas pobres flores humanas marchitadas por el soplo helado de la muerte en el primer albor de su mañana: la ternura

ignorante pero exaltada que viene á pedir el milagro á María, los ha depositado bajo su manto á fin de que no pueda olvidarlos.

Si la incredulidad se indigna de esta superstición de corazon, las almas tiernas y piadosas no verán sino un motivo de dulce compasion. Sin duda que alguna madre se ha engañado creyendo ver réanimarse los yertos labios de su hijo al contacto de sus besos para recibir el agua santa; pero aquel que osare pensar que María no puede hacer cuando le plazca tan grandes milagros, en verdad que ese será un atrevido mortal.

Los Pirineos, aquellas bellas montañas de hermosa cabellera, cuyos flancos encerraban en otro tiempo tantas minas de oro, donde las cascadas de agua brillantadas por el sol caen desde una altura tan prodigiosa, desprendiéndose de tal manera de una roca natal, que se asemejan á una inmensa pieza de gasa plateada que se desenvuelve en los aires; los Pirineos, cuyos lugares frescos y graciosos como el Eden antiguo, están entristecidos por hundimientos de rocas gigantescas que ofrecen la imagen del caos, no están tan poco desprovistos de santuarios dedicados á María. El mas antiguo y el mas famoso es el de Nuestra Señora de Héas, donde corren todos los habitantes del Bearn y del Bigorre. Entre los precipicios de Héas se levanta un altar, en el paraje mismo en que el cabrero no habría osado jamás colgar una ajoupa momentánea contra la tormenta: los romanos hubieran dedicado aquel lugar al genio de las tempestades; los cristianos le han ofrecido á aquella que aduerme los vientos y apacigua las tormentas. El 8 de setiembre, día del nacimiento de María, y el 15 de agosto, recuerdo de su gloriosa muerte, se reúne en Nuestra Señora de Héas una muchedumbre prodigiosa de los valles vecinos. Al volverse cada peregrino arranca un fragmento de roca bendecida, que con gran respeto lleva á su cabaña cual si fuera una reliquia.

Las romerías de las montañas son pintorescas; pero ¡cuán tiernas no lo son las de las costas! ¡Cuánto no consuela desde la mar profunda la vista de un santuario de María, que se levanta desde lo alto de un promontorio y cuyo agudo campanario parece perderse entre las nubes!... El marinero, que le saluda con tristeza cuando se separa de la tierra donde deja á su

mujer y sus hijos, la señala con éxtasis á su vuelta; aquel campanario le parece bello como la esperanza, y mezcla á las inquietudes que oprimen no obstante su corazon, al ver de nuevo una familia que dejó después de tantos meses, de años tal vez, no sé qué confianza religiosa, que le hizo creer que todo va bien, gracias á la proteccion de la buena Virgen... Además, es tambien que quizá nuestra Señora le habrá salvado del naufragio á él y á la tripulacion de su barco, y el primer cuidado de estas pobres gentes al arribar á tierra, será ir con los piés desnudos como en lo mejor de la edad media, y suspender á las paredes de la capilla marítima el *ex-voto* que se ofreció cuando el huracan bramaba rompiendo los mástiles y desgarrando los velos. El *Vigía* de Dieppe, en su número de 3 de octubre del año pasado, cuenta una de aquellas tiernas escenas que impresionan al pueblo particularmente, no obstante la impiedad de los tiempos. "Una escena de un género verdaderamente conmovedor tuvo lugar ayer en la iglesia de San Jacobo, dice aquel diario. La tripulacion del *Lugre El Otoño*, que sufrió una violenta tempestad en el día 3 de setiembre, lo creia ya todo perdido, cuando el maestro de pesca Luis Contron, tuvo el pensamiento de hacer un voto á nuestra Señora del Buen-Socorro en nombre de sus compañeros. Apenas habia pronunciado el voto, cuando un rayo de sol penetrando de repente la oscuridad profunda en que se hallaban envueltos, vino á volverles la esperanza y á reanimar su abatido aliento. Aquel voto era el que estas buenas gentes cumplian ayer en la capilla de Nuestra Señora del Buen-Socorro. Ayer, pues, todos los marineros de la tripulacion libertados del naufragio, llegaron descalzos y con la cabeza desenuelta, vestidos con su traje de mar y trayendo á la capilla de Nuestra Señora sobre sus robustas espaldas el *ex-voto*, colocado sobre una angarilla y rodeado de banderolas azules, acompañados además de sus amigos, de sus parientes y de una muchedumbre considerable. El señor cura les dirigió una alocucion llena de sensibilidad, y después de la misa de accion de gracias rezó el *De-profundis* por el capitán y cuatro marineros que perecieron entre las olas.

Nuestra Señora de la Gracia es una de las capillas marítimas mas antiguas de Normandía; aquel santuario fué fabricado,

como lo hemos dicho ya, en cumplimiento de un voto que hizo en una grande tempestad un duque normando muy devoto de la Virgen. El lugar de esta linda capilla, rodea la de grandes árboles, cercada de césped esmaltado de flores, es bello y sosedado como los ricos y frescos parajes de la magnífica provincia de que forma parte. Nuestra Señora de la Gracia se parece á la fortaleza de Honfleur; desde la pequeña montaña cuya cima corona, se descubre la embocadura del Sena y mas lejos el océano con sus grandes olas de un verde oscuro, que recibe en su seno al rio de ondas azuladas. Dos caminos conducen á esta capilla, el uno rudo y pedregoso, el otro suave y unido. En otros tiempos los habitantes de Honfleur se pusieron á trazar y suavizar la pendiente, cubriéndola con una arena fina y desleída, á fin de que una encantadora princesa que se habia hecho amar en aquellos lugares por su generosa bondad, pudiese subir la sin fatiga, yendo á ofrecer sus oraciones y sus votos á la Virgen santísima. El huracan de las revoluciones arrebata muy lejos á la noble dama, de la misma manera que el viento arrastra la hoja de una rosa; pero el recuerdo de sus beneficios subsisten aun.

Un día, no hace mucho tiempo, masas compactas de espectadores llenaban la pequeña esplanada cubierta de césped, que corona á Nuestra Señora de la Gracia; se habian estacionado sobre los flancos de la roca, se agarraban á los matorrales, se trepaban sobre los árboles, y todos los ojos se volvian sobre las olas para buscar un objeto esperado; el entusiasmo era grande, pero religioso, y aun ^{tenia} algo de sombrío; las oraciones subian al cielo y las lágrimas caian de los ojos; un navío pasó bajo la roca de Nuestra Señora; un navío enlutado con un ataúd sobre el puente; el heleno hizo descender sobre él sus oraciones... el pueblo lloraba. Aquel día no hubo ninguna capilla de la Virgen sobre las dos orillas del Sena, donde una multitud de fieles no rogasen por el alma del grande emperador, y nuestra Señora de la Gracia fué ardientemente invocada por aquel ilustre náufrago de la fortuna, muerto sobre un escollo en que flotaba, miseria inmensa! la bandera inglesa.

A media legua de Parrie y en un puertecito de mar á diez leguas de Nantes, se levanta pintorescamente sobre una altura

que se desploma sobre el océano, la aldea marítima y la iglesia de Santa María; aquella iglesia cuyo campanario anuncia una remota antigüedad, y que posee en su estrecho cementerio la sepultura de un cruzado, está en grande veneracion entre los marineros bretones, que vinieron allí continuamente á colocar sus votos. Cuando una embarcacion bretona viene á pasar bajo su velo rosado á vista de la iglesia de Santa María, los marineros se quitan el sombrero y rezan el *Ave Maria*. Ningun paisano de la costa entra en la mar para bañarse sin sumergir su mano entre las olas y santiguándose en seguida piadosamente al mismo tiempo que vuelve su cabeza al santuario protector; los pescadores batidos por las tempestades, que son mas peligrosas sobre las costas que en alta mar, conservan la esperanza mientras que descubren á lo lejos el campanario de la iglesia de Santa María: *la Virgen los ve*. Aquel pensamiento les impide desalentarse, y es siempre para ellos una esperanza de salud.

Cuando las altas y fieras olas del Atlántico azotadas por un viento furioso se adelantan mugiendo desde el fondo de las ensenadas arenosas de la Guinea, y se retiran de las riberas rodando los guijarros con un ruido ronco y espantoso, si aparece en el horizonte marino una barca que lucha con todas sus fuerzas contra la tempestad, entonces las mujeres, las madres, los niños y los marineros de la vieja Antioquia, invocan á nuestra Señora del Areachen por el pobre navío que puede estrellarse contra la costa y arrojar quizá sobre la playa natal el cadáver de alguna persona querida. Esta capilla de María á donde vienen á refugiarse nubes de blancas gaviotas que con sus grasnidos agudos anuncian la aproximacion de la tempestad, se eleva en un lugar salvaje y solitario, al que salpican aquí y allá algunos bosquecillos de copa piramidal. Ya sean los marineros ó ya pobres mujeres alarmadas, llegan descalzas repasando entre sus manos encallecidas las negras cuentas de su rosario, y numerosos *ex-voto* suspendidos á las antiguas paredes anuncian que mas de una oracion ha sido escuchada por la Virgen santísima.

Nuestra Señora de la Guarda, cuya capilla del siglo XIII está fabricada sobre la cima de una alta montaña caliza de un gris azulado y desde donde se descubre el Mediterráneo con sus

islas, su castillo de If y sus olas, ya brillantes, ya sombrías, recibe los últimos pensamientos y la última mirada del marino provenzal que se aleja de su patria. Allí es donde él se dirige cuando su buque entra al puerto después de un viaje en los países lejanos del Levanté. Tampoco es raro ver á estas gentes subir de rodillas la montaña sobre la cual se levanta esa antigua capilla, para dar gracias á Aquella á quien ellos con una familiaridad completamente italiana llaman *la buena* Madre de la Guarda, por haberlos salvado de los peligros del mar, del viento y de la tempestad. Pero no solo es para los marinos para quienes la Madona de Marsella es buena y caritativa; ella es el ángel tutelar de la ciudad, quien en todas las calamidades se dirige á ella con una piadosa confianza. Cuando el cólera, que assolaba y despoblaba la Francia, aparecía sobre la tierra provenzal, la bella y antigua ciudad de los focios se arrodilló como un solo hombre delante de su amadísima protectora, que no la desamparó. Así Marsella para testificar su reconocimiento acaba de consagrarle una magnífica estatua de plata maciza admirablemente trabajada. ¡Esto es muy bello!

Nuestra Señora de Lavarena, sentada en Córcega ó á la vista de las azules olas del Mediterráneo, manda á los peregrinos, como igualmente á las embarcaciones cuyas velas se escapan en el horizonte, el perfume de sus naranjos como una graciosa revelación de su presencia. Aquel santuario, dedicado á la Natividad de la Virgen, fué oscuro por largo tiempo, y los pescadores de coral, que frecuentaban aquella bella parte de la costa de la isla, venían todos á rogar á allí, cuando hacía la mitad del siglo XVII la Madona corsa hizo milagros cuyo ruido llegó hasta la Italia. La iglesia fué entonces agrandada y enriquecida; un gran concurso de fieles insulares llegaba el día de la fiesta de la patrona descalzos y con un cirio en la mano, cosa que aun se practica con la misma devoción que en otro tiempo. El cuadro que adorna esta capilla, obra de un pintor italiano, representa á María niña aun, á quien santa Ana dejó caer graciosamente un velo diáfano.

ROMERIAS EXTRANJERAS.

EL origen de la célebre romería de Nuestra Señora de las Ermitas, la Loreto de Helvecia, se remonta hasta los tiempos hermosos de Carlomagno. El santo que primero habitó la ermita de Einsiedeln, era un joven señor suevo, nombrado Meinrad, perteneciente á la ilustre familia de los condes de Hohenzollern. Dotado de aquel genio meditabundo que forma el rasgo distintivo del carácter germánico, Meinrad, llegado apenas á la adolescencia, se complacía en internarse en el espesor de los bosques que cubrían entonces su patria, y se entretenía solo con Dios, al ruido de las fuentes murmurantes que corren bajo la sombra de las encinas. La noche le sorprendía de continuo leyendo atentamente la Escritura en un antiguo libro de broches de oro que había heredado de sus padres, ó meditando profundamente sobre los milagros y los beneficios de la Virgen santísima. Su alma se exalta en la soledad, y menospreciando el mundo y sus fútiles bienes, Meinrad hizo sus votos en la abadía de Reichenau, que dejó en seguida para fijarse en una pequeña ermita fabricada sobre la falda del monte Ezel, en donde vivió siete años; pero la fama de sus virtudes bajó hasta el fondo de los valles. Los pastores y los leñadores vinieron á su morada, después los señores y últimamente las damas mas nobles, para pedirle sus consejos y oraciones. Estos homenajes eran un tormento para el joven ermitaño, que no deseaba sino la oración contemplativa y la paz de los bosques; una noche dejó positivamente su ermita, llevándose por toda fortuna la estatua de la Virgen, el solo adorno de su capilla, y se refugió en un bosque del canton de Schowytz, que llevaba el nombre característico de *bosque libre go*.